

Cifras imaginarias de la inmigración limítrofe en la Argentina **

Sebastián F. Bruno*

Este texto está publicado en: Novick, Susana (2010): *Migraciones y MERCOSUR: una relación inconclusa*. Buenos Aires : Catálogos. Disponible en: <http://webiigg.sociales.uba.ar/pobmigra/archivos/migraymercosur.pdf>

Cifras migratorias en foco

“Los extranjeros que invaden en silencio la Argentina ya son más de 2 millones”, “hay 3.300.000 inmigrantes de países limítrofes y del Perú”, “más de 750.000 extranjeros viven hoy ilegalmente en el país”, “Bolivianos en la Argentina [...] son entre 1,5 y 2 millones”, “[los bolivianos] son aquí más de un millón de personas y casi dos millones contando a sus descendientes”¹. A través de medios masivos de comunicación se “informa” y se instalan diferentes cifras respecto de la presencia de la inmigración limítrofe y peruana en el país. Todas ellas remiten a proyecciones agigantadas del fenómeno, que por la fuerza de la repetición y el poder de objetividad de las cifras en los imaginarios sociales terminan fortaleciendo a éstas en un estatus de “hecho de la realidad”, “verdad instalada”. Las discusiones sobre las migraciones y los migrantes variarán de acuerdo a los presupuestos e intereses políticos de los sectores sociales e institucionales en pugna, pero existe un consenso tácito de aceptación de cifras magnificadas.

En primera instancia, el problema de las cifras exhibidas y repetidas es su distancia con las fuentes de datos. Para fines de 2001, el Censo de Población, Hogares y Viviendas 2001 registró poco más de 916.000 migrantes limítrofes (de los cuales 231.789 eran bolivianos y 322.962 eran paraguayos, dos de las colectividades más estigmatizadas), a los que se agregan 87.546 peruanos que residen en la Argentina. Cabe aclarar que dentro del campo de los estudios de población se tiene en cuenta que los censos tienden a subestimar los *stocks* migratorios. Sin embargo, vale tener en cuenta la dinámica histórica de la inmigración limítrofe en el país. Desde los inicios de la historia censal moderna, en 1869, hasta la fecha los migrantes limítrofes representaron entre el dos y el tres por ciento de la población total.

** Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto UBACyT titulado: “Tres dimensiones para el estudio del fenómeno migratorio en el Mercosur: políticas estatales, actores sociales y experiencias individuales”, dirigido por la Dra. Susana Novick. Una versión anterior fue presentada en las VII Jornadas de Sociología, Buenos Aires, noviembre de 2007.

* Sociólogo (UBA). Investigador de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). E-mail: heavy@sociales.uba.ar

¹ Se resumen las cifras dadas a conocer en diferentes medios en los últimos años (la mayoría corresponde al momento del lanzamiento del plan de regularización migratoria “Patria Grande”, en el año 2006: *Clarín* (2006), Gutman (2006), Niebieskikwiat (2006), Pazos (2000), Peralta (2006), Río Negro (2006).

El sentido de este escrito, no obstante, no es el de encarnar la viudez de la demografía positivista, sino el de intentar desentrañar las claves de la distancia perceptiva (Mármora, 2002) entre el fenómeno (demográfico) y los imaginarios colectivos. La instalación de flujos migratorios imaginarios tiene efectos prácticos en la política migratoria; las presiones en y hacia el Estado basadas en una sobredimensión del fenómeno afectarán el contenido de ésta, y por ende tendrán repercusiones en la vida de los extranjeros, tanto en el trato institucional como en la inserción en la “sociedad receptora”.

En el intento de reformular el “problema social” (Lenoir, 1993) como objeto sociológico, se establecen dos interrogantes de interés: ¿desde dónde se origina esa imagen agigantada del fenómeno migratorio, representada en cifras alarmistas y generalmente millonarias?, ¿por qué los actores sociales en pugna exhiben y/o acompañan esa imagen magnificada?

Los migrantes limítrofes en la construcción de la otredad

Antes de iniciar la caracterización de los migrantes limítrofes como componentes de la *otredad*, se deja constancia de que la mirada aplicada tiene como horizonte el área metropolitana de Buenos Aires. La construcción de clasificaciones y adjetivaciones proviene del entramado cultural de dicha área urbana, como también las manifestaciones recogidas de los medios masivos (dedicadas al ámbito nacional, pero generadas en la ciudad). En ciudades más cercanas a la frontera, el vínculo con el extranjero cercano se establece bajo otros códigos, ya sea por la contigüidad cultural que omite el trazo fronterizo como por la historia regional compartida².

Al delinear una genealogía de la discriminación en Buenos Aires, Margulis y Belvedere (1998) hacen notar una correlación entre el lugar de los sujetos en la estructura social y el color de la piel. A partir de esa tesis, se proponen una deconstrucción histórica de las jerarquías histórico-sociales y de los códigos simbólicos que demarcan los límites donde se ubicarán subordinadamente quienes se alejen del modelo racial europeo.

Los autores consideran que el proceso histórico testimonia la continuidad en la constitución de *otredades subordinadas*, cuya génesis está fijada en el sistema de castas colonial. Dicho sistema estableció una jerarquía que tenía como cúspide a los blancos europeos, seguido por los criollos subordinados en estratos, y en la base se ubicarían en substratos la población indígena, negra y mestiza. La organización política, social y económica tenía como pilar esta jerarquización, y la población subordinada tenía un papel muy acotado como sujeto de derecho, cuando no recibía el tratamiento de un objeto

² Lo que no omite tensiones basadas en identidades nacionales, tal como se ha registrado en trabajos realizados en los últimos años (Grimson, 2000).

económico. Las razas inferiores eran marcadas identitariamente de manera descalificadora, desprestigiada y con valores negativos adosados.

La transición política y social postcolonial supuso un pasaje de la población subordinada hacia un segundo proceso de *aculturación* (asumiendo una primera etapa que suprime las culturas originarias y africanas para pasar a la de castas-colonial), en el cual se fortalece una identidad de clase social explotada –particularmente peones de la matriz societal de la estancia y hacienda– sobre los basamentos étnicos que le dan origen. La vinculación del origen étnico con determinados trabajos no es privativa del período, sino que se consolidará posteriormente con migrantes de distintos orígenes, en diferentes etapas. La operación simbólica de la construcción identitaria a partir de la diáda origen nacional-oficio no sólo será expresión del lugar que dispone la estructura social a grupos minoritarios, sino que los mismos grupos la retomarán para afianzar sus posiciones en nichos de inserción económica³.

El proyecto de país concebido por las élites gobernantes del siglo XIX, expresado más lúcidamente por la generación del treinta y siete⁴ y consolidado por la generación del ochenta, conjugaba la disponibilidad de tierras fértiles que requerían fuerza de trabajo y el establecimiento de bases sociales que desemboquen en una organización económica y social moderna. La noción de modernidad estaba lógicamente asociada al modelo europeo y se pensaba a través de esos cánones. La inmigración se presentaba como la solución posible, operando como “trasplante” de los sujetos en tanto fuerza de trabajo y también como portadores de la cultura (del trabajo y de las costumbres) deseable⁵. En ese sentido, la apreciación de la potencial inmigración europea estaba enfocada en lo que Mármora denomina la visión xenofílica, la cual traslada las virtudes globales de los países a las personas. Las poblaciones originarias estaban descartadas para encarar el rol histórico proyectado; la frase de Alberdi (uno de los más lúcidos pensadores de la época) es taxativa al respecto: “el peor inmigrante europeo es preferible al mejor aborigen”. Los intelectuales y líderes políticos del siglo XIX comulgaban con las ideas racializadoras de Europa, asociadas al “cientificismo determinista, el darwinismo social y el positivismo” (Margulis y Belvedere, 1998:103). El proyecto inmigratorio europeo se transforma en un imperativo constitucional en 1853, quizás la expresión más acabada de este proyecto poblacional.

Para desgracia de la élite, la población inmigrante europea provenía de las regiones más menospreciadas de aquel continente: españoles, italianos, junto con rusos y polacos.

³ Sobre el tratamiento de este tema, aplicado en los últimos años a colectivos migratorios bolivianos y paraguayos, se recomienda Benencia y Karasik (1995), Vargas (2005) y Bruno (2008).

⁴ Se hace referencia al movimiento modernista representado por intelectuales y líderes como Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez; también adhirieron a él Domingo Sarmiento, Bartolomé Mitre, Mariano Fraguero, Vicente Fidel López, entre otros.

⁵ En términos de Margulis y Belvedere (1998: 100) “en el imaginario de los ideólogos de la inmigración, se buscaba hacer inmigrar no sólo personas y familias, también costumbres y valores civilizatorios, que son inherentemente ciudadanos”.

Turcos y sirio-libaneses estaban un escalón más abajo. Aun así, las transformaciones operadas por la inmigración transatlántica al país modelaron notablemente la conformación poblacional y cultural. Buenos Aires se erige en epicentro receptor de aquellos flujos migratorios. Sin embargo, la inserción no está exenta de tensiones⁶: los llegados tienen que adaptarse al espectro de ofertas laborales y posibilidades residenciales inicialmente acotadas. El origen europeo no los exorciza de las calificaciones despectivas; “gallegos” y “tanos”, como por otra parte “turcos” (como aglutinante de poblaciones árabes) y “rusos” (eufemismo que alude a la población judía) son descriptos genéricamente como ignorantes e incultos⁷ entre otros adjetivos. La introducción de ideologías anarquistas y socialistas y las prácticas de lucha –también “trasplantadas”– hacen emerger nociones xenofóbicas, generando la división, en los imaginarios dominantes (como ya se había hecho con otras poblaciones subordinadas) entre el “mal” y el “buen” migrante.

Lo antedicho no fue un escollo a la instalación imaginaria de la Argentina (y particularmente Buenos Aires) como enclave europeo en América latina. Los europeos de segunda selección eran fusionados por la operación simbólica del *crisol de razas*, a partir de la cual se reconoce un (heterogéneo) origen inmigratorio que es homogeneizado a partir de las combinaciones nupciales y los dispositivos estatales de escolarización y cumplimiento del servicio militar obligatorio. La población originaria se diluye (como también se asume la inexistencia de población afrodescendiente) en un blanqueamiento por medio de categorías inespecíficas como la “tez trigueña” en documentos oficiales y escolares.

La (re)irrupción simbólica de la población con las marcas del mestizaje se dará en el marco del proceso migratorio de las provincias hacia Buenos Aires. Habiendo disminuido la afluencia migratoria europea, y con las necesidades de mano de obra industrial que produjo el proceso de sustitución de importaciones, las décadas del treinta y cuarenta se caracterizaron por la llegada a Buenos Aires (y en menor proporción a otros conglomerados urbanos) de contingentes migratorios expulsados por la retracción de las economías regionales y atraídos por las posibilidades laborales en la gran urbe. La entrada en escena del peronismo supuso un gran golpe al mito de la ciudad blanca y europea; el impacto simbólico de la movilización del 17 de octubre de 1945 puede ser tomado como el gran hito en ese sentido. Dichos contingentes fueron caracterizados despectivamente desde la élite (acompañada por los estratos medios), que los marcó con metáforas degradantes (como “aluvión zoológico” o “cabecitas negras”), retomando adjetivaciones asociadas a la subhumanización del otro o al menos al lugar subordinado en la jerarquización propia del

⁶ Las implicancias de la migración europea en la Argentina han sido tratada profusamente desde las ciencias sociales y humanas, como también desde diferentes campos culturales. De ese complejo proceso sólo se destacan los elementos que son parte de la genealogía discursiva de la otredad a partir del criterio de pertenencia a determinados colectivos nacionales.

⁷ Vale la pena recorrer las caracterizaciones y las disputas de sentido que operan en el campo de la literatura latinoamericana sobre las figuras del migrante y del indio (véase Campra, 1987).

siglo XIX. La ponderación que el peronismo otorgaba a las expresiones populares, y su percepción por las élites como invasor en el campo de la política, realimentaron los lineamientos de una mentalidad defensiva (Buchrucker, 1999) experimentada por éstas en épocas pasadas (particularmente con el “peligro rojo”). En este caso se enfocaba al otro cultural, no marcado en su condición de extranjero, pero sí como alterador del orden(amiento) social.

La dinámica poblacional hacía que los migrantes limítrofes tomaran los puestos de trabajo en las provincias de origen de los migrantes internos. Si bien el relacionamiento poblacional de las provincias y los países limítrofes tiene una historia extensa, el fenómeno de la sustitución de la mano de obra es característico del período (Balán, 1985), que se extiende hasta el colapso de las economías regionales hacia fines de la década del sesenta. A partir de los setenta Buenos Aires se caracteriza por ser el destino hegemónico de las migraciones limítrofes, por lo que si bien en términos relativos los migrantes representan una misma proporción de la población total, ha operado un cambio en sus patrones de residencia. La presencia en Buenos Aires los hace “visibles”, particularmente en nativos de países en los cuales el componente indígena tuvo más presencia en la conformación étnica de la población. Nuevamente se hace presente el otro cultural, con el agregado del origen nacional, que permite dar vía a una expresión de rechazo xenofóbico⁸, el cual usa la máscara de defensa de “los nuestros” contra la “invasión extranjera”.

La otredad agregada: el crisol migratorio

Lo desarrollado anteriormente hace cobrar sentido al concepto de racialización de las relaciones de clase utilizado por Margulis (1998) para describir el proceso de estratificación social a través de la historia. Según esta idea, en Buenos Aires la discriminación, exclusión y rechazo están orientados hacia aquellos que detentan determinados tipos de características corporales (propias del mestizaje de América latina), origen migratorio (límites y del “interior”⁹), ubicación desventajosa en las posiciones de clase y formas culturales.

Quienes se encuentran en posición desventajosa, de acuerdo a estos criterios clasificatorios, sufren una serie de restricciones que inciden en el acceso al trabajo (y a determinados puestos), como también en el establecimiento residencial. La retroalimentación de las clasificaciones cierra un círculo a partir del cual la pertenencia a estos grupos condiciona la inserción laboral y, más aún, en condiciones de trabajo formal; lo cual incide (negativamente) en las posibilidades de acceso a una vivienda digna. La informalidad

⁸ Ya al asomarse la década del setenta, Ratier (1971) discurre sobre la relación de continuidad entre la identificación de los “cabecitas negras” de las provincias alejadas de Buenos Aires y los migrantes limítrofes (ahora) visibilizados.

⁹ Así se denomina en Buenos Aires a los oriundos del resto del país, en otra clara operación de homogeneización que desconoce particularidades, identidades, trayectorias e historias que conforman la totalidad del “mosaico argentino”.

obstaculiza el acceso al crédito, y las dificultades de recursos, sumadas a la adscripción identitaria, operan restrictivamente en el mercado de alquileres. La resultante se expresa en términos de *segregación espacial*: los espacios disponibles para ellos coinciden con las zonas marginales de la ciudad y sus afueras (Margulis, 1998). Esta inserción espacial operará nuevamente como condicionante para el desarrollo y movilidad de la vida económica y social (con los habitantes de las “villas miseria” como caso paradigmático de residencia precaria). El abordaje de la inserción laboral de los grupos subalternizados (a partir de marcas corporales o por condición migratoria) conduce lógicamente a entrar en el terreno relacional de la economía política y la cultura. La construcción histórica-cultural de los grupos migrantes, como de otros marcados étnicamente, ubica a los mismos o en una posición subalterna. La correspondencia de ese posicionamiento simbólico con su inserción en el mercado de trabajo forma parte de un complejo donde la distinción entre lo cultural y lo económico sólo existe en términos analíticos. Retomando a Fraser (1997: 31), la noción de *colectividad bivalente* se muestra fructífera para dar cuenta de una situación subordinada “tanto en la estructura política-económica como en la estructura cultural-valorativa de la sociedad”. El carácter bivalente implica asimismo entender que la desigual distribución socioeconómica y el erróneo reconocimiento cultural que caracteriza al grupo social son dimensiones que se estructuran mutuamente; de manera que no se puede entender a una como efecto indirecto de la otra.

Es interesante destacar cómo opera el agrupamiento concreto de esta otredad basada en el cuerpo, la clase, la cultura y la condición de extranjería. Margulis da cuenta de la fusión de los extranjeros limítrofes con los migrantes internos, a quienes se les aplica el mismo rechazo xenofóbico que a los migrantes limítrofes. La similitud de apariencia y los códigos culturales compartidos los hace objeto del mismo tratamiento. El rechazo (y sus manifestaciones de distinto grado) está orientado hacia el otro. En la mirada porteña, la condición de extranjería es atribuida aun a quienes comparten el mismo origen nacional (el hecho de ser argentinos nativos), mas no cultural. Los significantes “bolita” (aplicado a bolivianos) o “paragua” (paraguayos) son utilizados como eufemismos de diferenciación a partir de un criterio de nacionalidad, pero operan como máscara de rechazo cultural. La dinámica de los códigos culturales hizo caer en desuso (o más bien en lo políticamente incorrecto) las categorías raciales, por lo que son reemplazadas por categorías que responden a la nacionalidad. Sin embargo, eso supone un concepto dual del “nosotros”.

En la mirada del grupo de nativos de la ciudad, herederos del mito del enclave europeo, ¿se considera dentro del “nosotros” a los connacionales de las provincias que limitan con los países limítrofes?, ¿se los incluye en las apelaciones en la defensa de “lo nuestro”? El trato en común aplicado a los migrantes (limítrofes e internos de provincias cercanos a los países lindantes) revela el carácter meramente retórico de los discursos y refuerza la hipótesis de la mirada homogeneizante. Poseer mayoritariamente inserciones

laborales similares y cohabitar en las mismas zonas¹⁰ (sumado a la ya mencionada “apariencia en común”) consolidan esa idea de homogeneidad; los que en la retórica son parte del “nosotros” en la práctica se insertan en el conjunto de los “otros”.

Llegado a este punto, vale reflexionar sobre lo expuesto en función de la pregunta inicial sobre el origen social de las cifras migratorias. Si para esta mirada homogenizante el boliviano o paraguayo¹¹ no sólo es el nacido en aquellos países, sino también sus hijos y nietos (argentinos –y porteños¹²– de nacimiento, pero extranjeros en lo cultural), a quienes se les agregaría la población migrante de las provincias cercanas a aquellos países (con sus hijos y nietos marcados étnicamente) y todo aquel que comparta rasgos y hábitos, entonces estamos hablando de un *stock* mucho más abultado. El hiato entre la estadística censal y las cifras imaginarias que deja absorta a la mirada demográfica tiene entonces su interpretación en el análisis del campo cultural.

Los migrantes y sus adjetivaciones en los últimos años

La hipótesis sobre los orígenes sociales de las cifras magnificadas se interpreta en su vínculo con el tratamiento del fenómeno migratorio en el marco de los procesos generales experimentados por la sociedad argentina (y particularmente en el ámbito de Buenos Aires) en los últimos años. La postulada correlación entre el “aumento” de los flujos inmigratorios y las tasas de desocupación es uno de los ejes centrales de la construcción de la migración como problema. Szulik y Valiente (1998) dan cuenta de los discursos que interpretan el aumento de la desocupación y la presencia migrante, tanto en la explicación oficial como en la retórica sindical. A partir de los primeros efectos estructurales de la convertibilidad en el empleo (en el primer quinquenio de la década del noventa), se instala con fuerza la asociación del migrante como competidor desleal, usurpador de las fuentes de trabajo e invasor. De esa manera se constituye como el chivo expiatorio cercano. La perversión del discurso oficial y sindical se vale de los prejuicios instalados históricamente para hacer a los migrantes responsables del desempleo, generando mayores expresiones de rechazo de la sociedad hacia los grupos migrantes¹³.

El devenir de la relación entre los “flujos imaginarios” y la coyuntura económico-social es analizado por Grimson (2006) bajo la sugerente hipótesis según la cual el cambio no

¹⁰ Sobre la similitud de inserciones laborales y demográficas entre migrantes limítrofes e internos, se sugiere la lectura de INDEC (1997).

¹¹ Se podría listar también otras nacionalidades que posiblemente entrarían en el *ranking* de otredad mestiza.

¹² Como conjunto cultural, a los nativos del Gran Buenos Aires se les denomina “porteños”, remitiendo al peso político-económico del puerto de Buenos Aires en la historia nacional.

¹³ En aquella coyuntura hubo desarrollos académicos que desmintieron científicamente la incidencia del aumento del desempleo por la participación de los migrantes en el mercado de trabajo (Maguid, 1995). Sin embargo, difícilmente estas intervenciones en el debate público hayan podido ser internalizadas, dado el enorme poder de despliegue de la discursividad oficial.

se dio en los migrantes sino en la Argentina. Para el autor, las transformaciones en el mercado laboral de los últimos tiempos alteraron el horizonte laboral de los nativos, haciendo que estos últimos acepten y deseen puestos de trabajo anteriormente rechazados por su precariedad, flexibilidad y baja remuneración. De acuerdo con ese trabajo, el foco de la primera oleada de discurso xenofóbico (ubicada a mediados de la década del noventa) fue el mercado de trabajo. Unos años más tarde, hacia fines de la década, el eje de la retórica xenófoba girará en torno a la cuestión de la seguridad¹⁴. La Policía Federal y las autoridades de la Dirección Nacional de Migraciones exhibieron cifras sobre la participación de extranjeros en delitos, buscando adosar al chivo expiatorio la problemática de la seguridad, desdibujando la vinculación entre la problemática de la seguridad urbana con el proceso de desigualdad social y violencia institucional experimentado a raíz de las políticas aplicadas en los años noventa. No importa que el análisis profundo de las cifras exhibidas desnude la falacia de presentar información de detenciones y no de condenas (teniendo en cuenta la discrecionalidad de la Policía en las detenciones bajo figuras ambiguas). El impacto y la absorción social del discurso oficial (ayudada por la oficiosa prensa ideológicamente afín) encuentran el territorio allanado por los estigmas que ya llevan a costas los migrantes.

Este complejo discursivo adosó a los migrantes limítrofes una amplia colección de adjetivos y de marcas negativas que recorren la “mala incidencia” de aquéllos en la vida social de la ciudad. El carácter subhumano, peligroso, invasivo está presente en la prensa de la época (Castiglione y Cura, 2007). Quizás una serie de frases extraídas de uno de los artículos más selectos de la época, “La invasión silenciosa” (Pazos, 2000), sean ilustrativas en este sentido: “Los extranjeros ilegales son más de dos millones. Les quitan el trabajo a los argentinos. Usan hospitales y escuelas. No pagan impuestos. Algunos delinquen para ser deportados. Los políticos miran para otro lado”, “según el ex director de la DNM [Dirección Nacional de Migraciones] cada año salen 100 millones de dólares [en remesas]”; “[en las escuelas] no hay vacantes para argentinos”; “en los hospitales públicos los inmigrantes les quitan el turno a los argentinos”; “es común que vivan 35 en una sola pieza”.

Según la lectura de Grimson, la situación postcrisis¹⁵ (2002-2003) hizo que la sociedad se replantee la imagen de sí misma. Si bien la aceptación de los efectos perniciosos del modelo de convertibilidad¹⁶ alejó el rol de los migrantes como chivos expiatorios, no significó la desaparición de los estigmas y discursos xenofóbicos. La historia de los discursos

¹⁴ Se aclara que la tesis sobre relación causal entre migración y desempleo seguía presente en los discursos hegemónicos.

¹⁵ Se toma como hito de la crisis la pérdida de gobernabilidad por parte del gobierno encabezado por Fernando de la Rúa, experimentada particularmente en el año 2001, proceso que finaliza con una amplia conflictividad política y social, la retención de los depósitos de ahorristas y, como corolario, la dimisión del presidente en el mes de diciembre.

¹⁶ Así se ha denominado en la Argentina al proceso de reformas estructurales de la economía y del Estado, en el marco de una cosmovisión neoliberal. Una de las características nodales (en sentido económico tanto como simbólico-político) del mismo fue la paridad de valores entre la moneda argentina y el dólar estadounidense.

y las políticas migratorias exige adoptar una posición mesurada respecto del poder de transformación de las representaciones del otro migrante. Según la información disponible sobre la inserción laboral de éstos en el mercado de trabajo durante el período postcrisis (Maguid y Arruñada, 2005), los migrantes (internos y limítrofes) fueron quienes más sufrieron el deterioro en el acceso al empleo y en las condiciones de contratación. Aun en el contexto de crisis general, el impacto fue mayor en estos sectores socialmente desfavorecidos.

Los actores sociales y las cifras

Habiendo ofrecido una interpretación a la construcción social de las cifras imaginarias, queda pendiente el interrogante sobre el consenso relativo¹⁷ acerca de las mismas, observado por parte de los actores sociales que intervienen en la discusión sobre las migraciones.

Mármora (2002) distingue y caracteriza tres tipos de actores sociales: El Estado, los grupos de presión y la opinión pública. El Estado tiene la responsabilidad de llevar la política migratoria, entendida como componente de las políticas públicas en su conjunto. Es hacia éste donde se dirigen las presiones directas o indirectas por determinada orientación de la política migratoria. El problema del Estado, expresado en la política migratoria –como en otras esferas de acción–, es la inorganicidad que lo caracteriza. No puede ser visualizado como un conjunto homogéneo. Mármora da cuenta de las visiones sectorialistas que pueden llevar a posiciones contradictorias entre sí; entre ellas, distingue las correspondientes a las relaciones exteriores; la cartera de Interior (donde se inserta la cuestión de la seguridad); y las visiones desde las de Trabajo, Salud y Educación.

Durante la década del noventa, el Estado guardó, sin embargo, cierta homogeneidad discursiva en lo que refiere a la negatividad de las migraciones limítrofes. El titular de la Cancillería (cartera que en general suele tener una posición más “tolerante” de las migraciones y los migrantes) hipotetizaba sobre la futura conformación poblacional de la Argentina: “en 2020 el 20% de la población será boliviana o paraguaya”; y respecto de ésta: “no queremos estar con gente desagradable” (Grimson, 2006: 82). Funcionarios de la Dirección Nacional de Migraciones informaban de la existencia de cuatro millones de migrantes limítrofes (Pazos, 2000). El cambio de orientación política (y de actitud hacia las migraciones) operado a partir de la presidencia de Kirchner (2003-2007) no se tradujo en un sinceramiento de cifras. Si bien el migrante no es caracterizado como invasor y delincuente, los funcionarios informan a la prensa que el plan de regularización migratoria apunta a la existencia de 750 mil migrantes limítrofes en situación irregular (Gutman, 2006) (“ilegales” en el discurso político y periodístico), de los cuales estimaban que entre 500 mil y 700 mil

¹⁷ Si bien las magnitudes tienen grandes diferencias entre sí, todas confluyen en una sobrerrepresentación del fenómeno.

eran bolivianos, y entre 200 mil y 400 mil eran paraguayos (*Río Negro*, 2006). La intencionalidad política del plan de regularización (y la sanción de la nueva ley migratoria) reflejan la intención aperturista del gobierno¹⁸. Sin embargo, son cifras que carecen de rigor y parecen ancladas en los discursos cuya fundamentación son sedimentos de discursos anteriores (orientados bajo otra concepción política).

Entre los grupos de presión, Mármora menciona a los sindicatos, grupos empresarios, partidos políticos, la Iglesia y las colectividades.

Los sindicatos han tenido un rol importante en la instalación del discurso xenofóbico. En efecto, en 1993 el sindicato de los obreros de la construcción (UOCRA) organizó una campaña pública consistente en denostar a los migrantes, representándolos como competidores desleales que quitaban puestos de trabajo a los nativos. En 1998, el mismo sindicato marchó por la seguridad en las obras, vociferando contra los extranjeros “culpables de que cada vez ganemos menos” (Grimson, 2006: 83)¹⁹. Esta posición se enmarca en una actitud general de los sindicatos en otros países, los cuales particularmente en épocas de crisis reclaman medidas proteccionistas (Mármora, 2002). Los empresarios, por su parte, no se exhiben públicamente en este tema. Son los triunfadores ante una situación de disposición de flujos de trabajadores que aceptan condiciones y remuneraciones inferiores a los nativos, dado que la vulnerabilidad de los migrantes acota sus posibilidades de inserción laboral. Por su parte, los partidos políticos no han incorporado a la migración como eje discursivo (a la manera de Le Pen en Francia o la Liga del Norte en Italia), si bien han participado en el Parlamento tanto en iniciativas restrictivas como pluralistas, según la coyuntura histórica.

La Iglesia ejerce su mandato de protección al migrante disponiendo de parte de su estructura y órdenes a su atención, invocando su misión universalista con el mundo católico. En el caso argentino, mantiene un vínculo fluido con investigadores y legisladores, apoyando iniciativas pluralistas y en defensa de los derechos de los migrantes; aunque se ha mantenido al margen de la discusión pública.

El rol de las colectividades es central en este abordaje ya que a través de sus líderes e instituciones expresa los ejes problemáticos que se pretenden instalar en la agenda pública. En los últimos años se ha observado una profusión de nuevas organizaciones de primer y segundo grado (Grimson, 2006) y como interlocutores han ganado un mayor reconocimiento.

¹⁸ La nueva Ley de Migraciones (25.871, aprobada en 2003) cambia la manera en que el Estado concibe a las migraciones, garantizando los derechos de las personas migrantes. Tanto esa legislación como el programa de regulación migratoria “Patria Grande” contrastan con las disposiciones restrictivas de la anterior ley migratoria, sancionada durante la última dictadura militar.

¹⁹ Vale aclarar que la Central de los Trabajadores de la Argentina (CTA) se ha posicionado de manera inclusiva con las y los trabajadores migrantes. Sin embargo la tradicional Confederación General del Trabajo (CGT) –a la que pertenece la UOCRA– es la que, negándole entidad a la CTA, procura hegemonizar el discurso sindical en todas sus facetas. Esta denegación incluye tanto la exclusión de la CTA en los ámbitos de discusión gremial y político como acciones de *lobby* orientadas a que el Estado Argentino siga sin otorgarle la personería gremial a esa central alternativa.

Tal como indica Mármora (2002: 60-61), la manera en que ellas se presenten condicionará la forma que adquiera la imagen de la colectividad tanto hacia sí misma como hacia la sociedad en términos globales. La lucha contra la discriminación forma parte constitutiva de sus discursos, cuya contracara es el cierre hacia sí mismas y la reproducción de las características de inferioridad mediante las cuales la sociedad las cataloga. El discurso esgrimido por las organizaciones procura destacar la magnitud de la presencia de cada colectivo migratorio y apela al argumento cuantitativo, magnificando las cifras al igual que los funcionarios detractores, no detractores y el periodismo chauvinista: “un millón de bolivianos y casi dos millones contando a sus descendientes” (Niebieskikwiat, 2006). Es significativo señalar el detalle de la inclusión de los hijos (y descendientes en general) dentro de la “comunidad”, elemento que se repite en cada acto comunitario. Éstos son contabilizados cuando se habla de la colectividad extranjera, por más que posean la ciudadanía argentina por nacimiento. La reiteración del argumento cuantitativo emerge como un elemento clave en la ganancia de visibilización y en el posicionamiento como interlocutores con los Estados locales y el Estado nacional. A pesar de las divergencias entre las colectividades y sus representaciones diplomáticas, los funcionarios de embajadas y dirigentes de las comunidades invocan también la importancia cuantitativa de los residentes (*Clarín*, 2006) como factor de presión ante la Cancillería argentina.

Por último, Mármora incluye a la opinión pública en tanto escenario crucial en la percepción del hecho migratorio, distinguiendo a los medios de comunicación del análisis de la opinión. Respecto de los primeros, divide las estrategias comunicativas entre las que responden a intereses sectoriales (representando posiciones principistas) y las que buscan la noticia de alto impacto. Los intereses sectoriales se expresan en la editorialización de los medios, utilizando la argumentación que acentúa los beneficios o la negatividad de la migración. La búsqueda de noticias no pone el eje en la línea editorial, sino que persigue un rédito de acuerdo a los cánones de captación de audiencia, rédito que contiene tanto un hecho delictivo por parte de un extranjero como una “nota de color” que exalte los valores del multiculturalismo. Por su parte, el análisis de la opinión puede incluir tanto el sondeo al azar de la opinión de personas “en la calle” como la exhibición de resultados provenientes de encuestas donde se indaga la opinión sobre aspectos relativos a las migraciones y los migrantes. Mármora advierte sobre la perversidad de este tipo de herramientas al ser tomadas por sectores políticos como instrumento para ganar popularidad respondiendo a presuntas “imágenes” que “la gente” tiene sobre el tema migratorio.

A través de los recortes citados, se pueden representar distintos estilos periodísticos de tratamiento del tema que confluyen en un mismo denominador: la magnificación de las cifras. Ese hecho se observa en modalidades que implican tanto la manipulación deliberada (Pazos, 2000), como la repetición acrítica (en cuanto a rigor periodístico) de las cifras que

expresan funcionarios, diplomáticos como dirigentes de las colectividades (*Clarín*, 2006; Gutman, 2006; Niebieskikwiat, 2006; Peralta, 2006; *Río Negro*, 2006).

Conclusiones

Si bien los antecedentes que este abordaje cita dan cuenta de la amplitud poblacional que contiene a los términos “boliviano/bolita” y “paraguayo/paragua” –Grimson (2006), Margulis (1998), Margulis y Belvedere (1998), Szulik y Valiente (1998)–, dichos estudios no se han detenido en un punto crucial. Se trata de la coincidencia en la inflación poblacional migrante que pregonan quienes se supone están en las antípodas discursivas, donde también se debe incluir a los medios y su tratamiento “neutro” y “objetivo” de la cuestión.

En una dinámica perversa, algunos sectores políticos se valen de la construcción negativa de la extranjería limítrofe para hacer de los migrantes el chivo expiatorio de una política económica excluyente, cuyos argumentos son defendidos y amplificadas (o al menos repetidos) por los medios de comunicación, retroalimentando el imaginario invasivo de la sociedad acuciada por las crisis económicas cíclicas; y –como elemento catalizador– las mismas colectividades reafirman las cifras imaginarias en un intento por fortalecer políticamente sus intereses a través del volumen poblacional. Cifras (imaginarias) repetidas –nunca refrendadas por censos, encuestas, registros, amnistías, etc.– son instaladas y no se discuten. Bajo este esquema no existe sujeto político interesado en el tratamiento crítico de las mismas. Si bien las colectividades pueden argumentar sobre la poca incidencia que pueden tener en los problemas del mercado de trabajo, dado su escaso volumen, esa línea discursiva chocaría en principio con el sentido de pertenencia cultural que incluye a sus descendientes argentinos entre los propios, así como (en sus lecturas) diluiría su capacidad de negociación en la interlocución con el Estado.

Las mismas cifras, no discutidas en su condición de objetividad (en lo que refiere a su definición nominal, la distinción entre nativos y extranjeros), son utilizadas como base empírica para la elaboración de políticas migratorias, muchas veces de tipo restrictivo²⁰.

El tratamiento de la migración como problema social interpela, como gran parte de las discusiones públicas, el rol de las ciencias sociales. En cuanto a este tópico cabe destacar dos momentos-acciones: cuando se señala la inmigración como factor desencadenante del desempleo, respecto de lo cual se generaron estudios que desmienten taxativamente tal asociación (Maguid, 1995); y más recientemente, en la intervención de investigadores en el proceso de sanción de la nueva ley migratoria (Novick, 2004). Más allá de esporádicas y marginales columnas de opinión de académicos, la posición de éstos no se hace pública y no

²⁰ La utilización de cifras magnificadas como argumento que sostiene el plan de regularización Patria Grande demuestra, sin embargo, que no necesariamente desembocan en normativas excluyentes. Aun así, sería necesario tener en cuenta en el análisis el impacto social de las cifras de extranjeros en condición “ilegal” (en el discurso periodístico; “irregular”, en sentido estricto) que residen en el país.

se interviene en las discusiones políticas. La batalla simbólica por la significación de los hechos y las problematizaciones encuentran una intelectualidad prácticamente muda, enclaustrada y derrotada de antemano. El Ojo de Sauron²¹ de la agenda mediática se posa sobre las migraciones y los migrantes, reproduciendo los códigos de rechazo de la otredad y alentando mentalidades defensivas que terminan conformando la base argumental de la xenofobia que caracteriza los discursos de buena parte de la sociedad. Los conceptos de construcción de la otredad, racialismo, clase, opresión y revelación de intereses tienen nula cabida en la discusión pública: los discursos dominantes están signados de lugares y sentidos comunes, creados y recreados a partir de una historia incómoda y no asumida.

Bibliografía

- Campra, Rosalba 1987 *América Latina: La identidad y la máscara* (México: Siglo XXI).
- Castiglione, Celeste y Cura, Daniela 2007 "Las migraciones en los medios de comunicación (2000-2005)" en Novick, Susana (comp.) *Sur-Norte. Estudios sobre la emigración reciente de argentinos* (Buenos Aires: Catálogos-UBA).
- Clarín 2006 "Acuerdan regularizar a inmigrantes" (Buenos Aires) 12 de abril.
- Balán, Jorge 1985 *Las migraciones internacionales en el Cono Sur* (Buenos Aires: CEDES).
- Benencia, Roberto y Karasik, Gabriela 1995 *Inmigración limítrofe: los bolivianos en Buenos Aires* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Vol. 482.
- Bruno, Sebastián 2008 "Inserción laboral de los migrantes paraguayos en Buenos Aires. Una revisión de categorías: desde el "nicho laboral" a la "plusvalía étnica" en *Población y Desarrollo* (Asunción: UNFPA y UNA) N°36.
- Buchrucker, Christian 1999 *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Fraser, Nancy 1997 *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista* (Bogotá: Siglo del Hombre editores/Universidad de Los Andes).
- Grimson, Alejandro (comp.) 2000 *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro* (Buenos Aires: Ciccus/La cruzía).
- Grimson, Alejandro 2006 "Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina" en Grimson, Alejandro y Jelin, Elizabeth (comps.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos* (Buenos Aires: Prometeo).
- Gutman, Daniel 2006 "Arranca un plan para legalizar a más de 750 mil extranjeros" en *Clarín* (Buenos Aires) 17 de abril.
- INDEC 1997 *La migración internacional en la Argentina: sus características e impacto* (Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos).
- Lenoir, Remi 1993 "Objeto sociológico y problema social" en Champagne, Patrick; Lenoir, Remi; Merllié, Dominique y Pinto, Louis *Iniciación a la práctica sociológica* (México: Siglo XXI).
- Maguid, Alicia 1995 "Migrantes limítrofes en la Argentina: su inserción e impacto en el mercado de trabajo" en *Estudios del Trabajo* (Buenos Aires: Aset) N°10.

²¹ Refiere a una figura mitológica del mundo literario de Tolkien, llevada a la expresión cinematográfica en la trilogía *El señor de los anillos*.

- Maguid, Alicia y Arruñada, Verónica 2005 "El impacto de la crisis en la inmigración limítrofe y del Perú hacia el Área Metropolitana de Buenos Aires" en *Estudios del Trabajo* (Buenos Aires: Aset) N° 30.
- Margulis, Mario 1998 "La racialización de las relaciones de clase" en Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (eds.) *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. (Buenos Aires: Biblos).
- Margulis, Mario y Belvedere, Carlos 1998 "La racialización de las relaciones de clase en Buenos Aires: Genealogía de la discriminación" en Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (eds.) *La segregación negada. Cultura y discriminación social* (Buenos Aires: Biblos).
- Mármora, Lelio 2002 *Las políticas de migraciones internacionales* (Buenos Aires: OIM-Paidós).
- Niebieskikwiat, Natasha 2006 "Facilitan trámites a bolivianos en el país sin documentos" en *Clarín* (Buenos Aires) 20 de mayo.
- Novick, Susana 2004 "Una nueva ley para un nuevo modelo de desarrollo en un contexto de crisis y consenso" en Giustiniani, Rubén (ed.) *La migración: un derecho humano* (Buenos Aires: Prometeo).
- Pazos, Luis 2000 "Invasión silenciosa" en *La primera de la semana* (Buenos Aires: Grupo H SA) Año 1 N° 3.
- Peralta, Elena 2006 "Bolivianos en la Argentina: cómo viven este momento histórico de su país" en *Clarín* (Buenos Aires) 22 de enero.
- Ratier, Hugo 1971 *El cabecita negra* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- Diario Río Negro* 2006 "Lanzan plan de regularización de inmigrantes ilegales" (General Roca) 18 de abril.
- Szulik, Dalia y Valiente, Enrique 1998 "El rechazo a los trabajadores inmigrantes de países vecinos en la ciudad de Buenos Aires. Aproximaciones para su interpretación" en Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (eds.) *La segregación negada. Cultura y discriminación social* (Buenos Aires: Biblos).
- Vargas, Patricia 2005 *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra. Identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción*. (Buenos Aires: Antropofagia).